Tomo XIV

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 16

San José, Costa Rica 1927 Sábado 30 de Abril

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Manifiesto de Manuel Ugarte

a la Juventud Latino - Americana



Tres nombres han resonado durante estos últimos meses en el corazón de la América Latina: México, Nicaragua, Panamá. En México el imperialismo se afana por doblar la resistencia de un pueblo indómito que defiende su porvenir. En Nicaragua el mismo imperialismo desembarca legiones conquistadoras. En Panamá impone un tratado que compromete la independencia de la pequeña nación. Y como corolario lógico cunde entre la juventud, desde el río Bravo hasta el estrecho de Magallanes, una crispación de solaridad, traducida en la fórmula que lanzamos en 1912: la América Latina para los Latino americanos.

Hace veinte años que clamo contra nuestra dispersión y nuestra inmovilidad. Por denunciarlas he sacrificado tranquilidad, fortuna, porvenir político, y me hallo pobre, expatriado, difamado. Desde mi retiro reivindico el honor de haber continuado sin interrupción desde 1905 la tesonera prédica, de haber publicado cuatro libros sobre el asunto, de haber fundado en Buenos Aires la primera Asociación Latino Americana, y de haber recorrido el Continente repitiendo mi terca certidumbre. Al margen de las efímeras vanidades, invoco el antecedente para que la probada fidelidad a un ideal dé a la palabra el peso que necesita tener en esta hora.

Por encima de los episodios de la lucha que se prolonga desde hace tantos años, hay que considerar los hechos desde el origen y en su significación virtual.

Los pueblos son grandes, más que cuando juzgan airadamente a los demás, cuando aquilatan severamente sus errores. Y en la nueva era que se abre, contra lo que con más vigor debemos levantarnos es contra aquellos de nuestros propios dirigentes que no supieron prever las consecuencias de sus complacencias, que no tuvieron una visión continental de nuestros destinos, que obsesionados por la patria chica y por los intereses de grupo, motejaron desdeñosamente de «poetas» a cuantos elevaron el espíritu hasta una concepción superior.

Parecerá monstruoso mañana a los que nos juzguen, pero fué considerada como signo de incapacidad para el gobierno toda tendencia hacia una política global. Cada hombre obedecía a sus ambiciones, cada grupo a sus propósitos partidistas, cada nación a sus odios minúsculos. La América Latina se devoraba a sí misma, como los Galos en tiempo de César, o como los Aztecas cuando llegó Hernán Cortés. Y para los grupos predominantes resultaba inexperiencia, lirismo, suprema locura cuanto tendiese a una política de solidaridad.

En esa orientación equivocada hay que buscar el origen de los atentados que hoy motivan nuestra protesta. Los primeros responsables son los hombres o los núcleos que, guiados por un falso concepto de nuestras necesidades, por impaciencias de figuración, por apasionamientos de bando, o por rencores regionalistas, enagenaron nuestras riquezas, sancionaron con su silencio los atentados contra el vecino, suscribieron el postulado protector de Monroe, y colaboraron con el imperialismo de los Congresos Panamericanos, mientras se agrandaba en la sombra el cáncer que debía poner en peligro la vitalidad común.

Las culpas que han originado la situación actual nacen de una visión inexacta o de una pequeñez de propósitos. Y esas son culpas exclusivas de los gobiernos. Nuestros pueblos fueron siempre grandes y generosos. Aunque se les mantuvo ignorantes de la verdadera situación, tienen el presentimiento de lo que debe ser el porvenir. Si no se opusieron con más ímpetu a la política nefasta, fué porque no se dejó llegar hasta ellos la verdad. Pero los dirigentes *debían* saber. Y la primera conclusión que podemos sacar de los acontecimientos actuales es que nos hallamos en presencia de la bancarrota de una política.

Hablo para toda la América Latina, sin exceptuar las regiones hoy aparentemente indemnes; y hablo sin encono contra nadie, ni contra nada. Los hombres habrán sido malos, o buenos. Lo que la evidencia dice, es que resultaron insuficientes. Rindiendo culto, más a las apariencias de la patria que a su realidad, creyeron que gobernar consiste en mantenerse en el poder, en multiplicar empréstitos, en sortear las dificultades al día. En sus diferentes encarnaciones,—tiranos, oligarcas, presidentes legales,—se afanaron ante todo por defender privilegios de grupo o suceptibilidades locales, sin sentido de continuidad dentro de la marcha de cada país, sin noción de enlace con las regiones

limítrofes. Fué la imprevisión de ellos la que entregó en el orden interior, a las compañías extranjeras, sin equivalencia alguna, las minas, los monopolios, las concesiones y los empréstitos, que deben dar lugar más tarde a conflictos, tutelas, y desembarcos, haciendo patrias paralíticas que sólo pueden andar con muletas extranjeras. Fué su falta de adivinación de las necesidades futuras la que multiplicó entre las repúblicas hermanas los conflictos que después resuelve como árbitro el imperialismo devorador. No hay ejemplo de que una región tan rica, tan vasta, tan poblada, se haya dejado envolver con tan ingenua docilidad. Cuando algunos de nuestros diplomáticos nos hablan del coloso del Norte, confiesan una equivocación trágica. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando abandonarou a los bancos y a las compañías extranjeras cuanto representaba el desarrollo futuro del país. El coloso del Norte lo han creado ellos, cuando en un Continente dividido por la raza, la lengua, y la vitalidad, desdeñaron todo concierto con los grupos igualmente amenazados y se pusieron a la zaga del organismo conquistador.

A principios de este siglo la América Latina pudo apoyarse en la masa poderosa de una Europa intacta, deseosa de ganar mercados y financieramente omnipotente. La lógica más elemental aconsejaba una actitud de parcialidad hacia ella. A muchos de nuestros dirigentes les faltó el valor moral necesario para hacer esa política. Y no se arguya que por aquellos tiempos el imperialismo no se había desenmascarado aún. Sin remontar a la anexión de Texas, California y Nuevo México, acababa de dar ese imperialismo la medida de sus ambiciones imponiendo a Cuba la Enmienda Platt y desmembrando a Colombia. Sin embargo, el ex-Presidente Roosevelt, cuya frase famosa «me quedé con Panamá» resonaba en todos los ámbitos, fué recibido en nuestras capitales con honores de Emperador. La única excusa que podrían aducir nuestros políticos, es que no sospecharon las consecuencias que tendría su actitud. Pero la excusa misma se vuelve contra ellos. Los que no saben ver a veinte años de distancia no deben dirigir los destinos de una colectividad.

Para clasificar un estado de espíritu, me bastará con citar una anécdota entre tantas.

Cuando en 1917 fuí llamado por la Universidad de México para dar una serie de conferencias, bajo el gobierno de Carranza, el Ministro Argentino acreditado ante aquel país, fué a ver espontáneamente al Ministro de Relaciones Exteriores de México para decirle que si, en vista de las reclamaciones que la invitación había levantado, el gobierno mexicano resolvía impedir mi entrada a México, él, como representante argentino, no entablaría la menor reclamación. Vivo está el General Aguilar, que puede dar fe de la veracidad de mis palabras. Nuestro sur olvidaba así, no sólo el respeto debido a un ciudadano del país, sino sus propios intereses y su misión en América. Fué tal la pusilanimidad, que para acabar con la prédica molesta se trató de desacreditar al propagandista. Así nacieron las leyendas miserables que me pusieron en el caso de dudar si debía despreciar más profundamente a los hombres sin escrúpulos que las pusieron en circulación o a los hombres sin perspicacia que se dejaron engañar por ellas. Por encima de la misma injusticia, me agobió el dolor de asistir a la disminución de mi tierra. Porque un país donde la calumnia llega a ser omnipotente, es un país que lleva plomo en las alas.

La emoción tardía de algunos gobernantes, no alcanza a rescatar errores que pesarán sobre el porvenir. Los equilibrios no son los mismos a medida que los años pasan. La política aconsejada en 1914 no es posible ya. Han cambiado las circunstancias, y, triste es decirlo, resulta cada vez más difícil contrarrestar en bloque y de una manera total el empuje del imperialismo. Por culpa de los que no maniobraron a tiempo, nos hallaremos acaso obligados a negociar mañana con él. Pero esa nueva política, más delicada que la anterior, no la pueden hacer los que en vez de adelantarse a los acontecimientos los siguen a distancia y pretenden ensayar ahora los procedimientos que sólo fueron realizables antes de la guerra, dispuestos, desde luego, a intentar vanamente, dentro de otros veinte años, lo que urge hacer en este mismo instante.

Es indispensable que la juventud intervenga en el gobierno de nuestras repúblicas, rodeando a hombres que comprendan el momento en que viven, a hombres que tengan la resolución suficiente para encararse con las realidades.

Se impone algo más todavía. El fracaso de la mayoría de los dirigentes anuncia la bancarrota de un sistema. Y es contra todo un orden de cosas que debemos levantarnos. Contra la plutocracia, que en más de una ocasión entrelazó sus intereses con los del invasor. Contra la politiquería, que hizo reverencias ante Washington para alcanzar el poder. Contra la descomposición que en nuestra propia casa facilita los planes del imperialismo. Nuestras patrias se desangran por todos los poros en beneficio de capitalistas extranjeros o de algunos privilegiados del terruño, sin dejar a la inmensa mayoría más que el sacrificio y la incertidumbre.

Al margen de los anacrónicos individualismos que entretuvieron durante cien años nuestra estéril inquietud, hay que plantear al fin una política. Hay que empezar por crear una conciencia continental y por desarrollar una acción que no se traduzca en declamaciones sino en hechos.

El acercamiento cada vez mayor de nuestras repúblicas es un ideal posible, cuya realización debemos preparar mediante un programa de reformas constructoras dentro de cada uno de los Estados actuales. Entre esas reformas debe figurar en primera línea una disposición que otorgue a cargo de reprocidad, derechos y deberes de ciudadanía a los nativos de las repúblicas hermanas, con la limitación, si se quiere, por el momento, de la Primera Magistratura del país y los principales ministerios. Esto facilitará una trabazón de fraternidades. Es necesario reunir también un Comisión Superior Latino Americana, encargada de estudiar, teniendo en cuenta las situaciones, un derrotero internacional común, una política financiera homogénea, un sistema educacional concordante. Su misión, por el momento, sería aconsejar proyectos, aplicados después por los gobiernos respectivos. Hay que proceder sobre todo, sin perder un minuto, dentro de nuestra familia latino americana, a la solución equitativa y pacífica de los pequeños conflictos de frontera que entorpecen la marcha armónica del conjunto y permiten ingerencias fatales.

La hora es más difícil de lo que parece. No esperemos a estar bajo la locomotora para advertir el peligro. Nos hallamos ante un dilema: reaccionar o sucumbir.

La salvación de América exige energías nuevas, y será obra sobre todo de generaciones recientes, del pueblo, de las masas anónimas eternamente sacrificadas. Una metamórfosis global ha de traer a la superficie las aguas que duermen en el fondo para hacer al fin, en consonancia con lo que realmente somos, una política de audacia, de entusiasmo, de juventud. Sería inadmisible que mientras todo cambia, siguieran atadas nuestras repúblicas a los tiranos infecundos, a las oligarquías estériles, a los debates regionales y pequeños, a toda la rémora que ha detenido la fecunda circulación de nuestra sangre. Hay que inaugurar en todos los órdenes un empuje constructor. Porque la mejor resistencia al imperialismo consistirá en vi-

vificar los territorios y las almas, haciendo fructificar los gérmenes sanos que existen en la masa abstencionista o escéptica, en el fondo aborigen, en los vastos aportes inmigratorios, en todos los sectores de una democracia mantenida hasta hoy en tutela, con una o con otras artes, por hombres, grupos o sistemas que acaparan el poder desde que nos separamos de España.

Ya he tenido ocasión de decir que el derecho no es hoy una ley moral infalible, sino una consecuencia variable de los factores económicos y de la situación material de los pueblos. El imperialismo realiza su obra hostil; iniciemos nosotros la nuestra reparadora. Clamar contra los atentados es un lógico desahogo y un santo deber. Pero hay que hacer sobre todo un esfuerzo para que los atentados no se puedan realizar. Y ese resultado no lo hemos de esperar de la generosidad agena, sino de nuestra resolución, de nuestra flexibilidad de espíritu para aceptar soluciones apropiadas a los hechos a medida que éstos se manifiestan.

Quien escribe estas líneas en la hora más grave por que ha atravesado nuestra América, no aprovechó nunca las circunstancias para buscar encumbramientos o aclamaciones. Con razón o sin ella, por disentimientos con el partido al cual pertenecía, declinó en su país una candidatura a diputado y otra a senador. Con razón o sin ella, durante la guerra grande se lanzó a predicar la neutralidad contra un torrente que lo sepultó bajo su reprobación. Nunca hice lo que me convenía; siempre hice lo que consideré mi deber, afrontando la impopularidad y las represalias. Y al dirigirme como hoy a la juventud y al pueblo no entiendo reclamar honores. Los hombres no son más que incidentes; lo único que vale son las ideas. Vengo a decir: hay que hacer esta política, aunque la hagan ustedes sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer, y háganla pronto, porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas.

Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república y a un acercamiento entre todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por ideas. Hay que realizar la segunda independencia, renovando el Continente por la democracia y por la juventud.

Basta de consecuencias abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolosos, de desórdenes endémicos, y de pueriles pleitos fronterizos. Ya hemos arrojado buena parte de nuestro porvenir por todas las ventanas de la locura. Que se levante el espíritu nacional como en las grandes épocas. Que cada cual piense, más que en sí mismo, en la salvación del conjunto. Opongamos al imperialismo una política seria, una gestión financiera perspicaz, una coordinación estrecha de nuestras repúblicas. Remontemos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán. Superioricemos nuestra vida. Salvemos la herencia de la latinidad en el Nuevo Mundo. Y vayamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso. Sólo podemos confiar en el porvenir.

MANUEL UGARTE

Niza, Marzo de 1927.

Por Nicaragua y por nosotros

=De *El Tiempo*. Bogotá=

Día a día, según dice el cable lo que ocurre en Nicaragua, vamos dándonos cuenta aquí de que ese imperialismo capitalista al que con tan desapoderado afán, sin que nos valiera el escarmiento de Panamá, hemos querido franquear todas las puertas de Colombia, es algo más que una figura retórica. Estamos viendo, porque ya no es posible cerrar los ojos a los hechos, que ese imperialismo que entra melosamente a nuestra casa, pretende a poco erigirse en amo, mediante el concurso, que jamás faltará, de pusilánimes o traidores.

Indice elocuente de la reacción que hasta en las capas sociales menos susceptibles al lirismo patriótico provoca el atentado que el gobierno del señor Coolidge consuma en Nicaragua, es el memorial que varios ciudadanos elevaron ayer al gobierno que preside el doctor Abadía Méndez [1]. Por feliz circunstancia, la publicación de ese documento en las columnas de *El Tiempo* coincide con la del telegrama del agente confidencial del presidente Sacasa en San José de Costa Rica, que ayer se publicó aquí también.

Si en esta Colombia, que en otros tiempos fué tan grande y en la que el miedo y el interés mezquino se han convertido ogaño en normas de conducta; si en esta Colombia, que no es nuestra para hacer de ella lo que nos venga en ganas, sino legado que recibimos de una generación anterior para entregar intacto a la venidera; si en Colombia subsiste aún y alienta aún algo del espíritu generoso que formó la patria de los mejores días, ese llamamiento del pueblo al que sacrifica el imperialismo capitalista, al que vende una camarilla de traidores, no quedará, no puede, no debe quedar perdido.

No basta, con criterio egoísta y suicida, mirar por nosotros mismos; permanecer indiferentes a cuanto de manera directa no nos dañe. Hay que llevar a los Estados Unidos, a ese grande y generoso pueblo de los Estados Unidos, al que no representan los que como Roosevelt ayer y Coolidge hoy, se arropan en la bandera patria para servir a los intereses del capitalismo; para atropellar y robar en provecho de ellos; hay que llevar a los Estados Unidos, a las masas de los Estados Unidos, nuestra voz de protesta. Urgente es que pidamos, si el gobierno de Colombia no toma de por sí la iniciativa, que así se haga. Y no con meras palabras que se lleva el viento: con algún hecho que, por modesto que sea, tenga la grandeza de la dignidad.

Hay en Washington un conciliábulo de la farsa, un sanhedrín hipócrita por pertenecer al cual paga Colombia, el pueblo de Colombia, varios miles de pesos al año: me refiero a la Unión Panamericana. Tiempos hace, desde que se empezó a maquinar en contra de México; desde que se cometió el atentado de Santo Domingo y de Haití; desde que se pisotearon los últimos vestigios de la dignidad de Panamá; mucho tiempo hace que la América Latina ha debido retirarse de esa Unión en la que todos, sin excluir a los menos débiles como la Argentina, el Brasil y Chile, hacemos el más triste, ridículo e ignominioso de los papeles. Pero nunca es tarde para tener vergüenza; ni debe Colombia vacilar en ser la primera en darle un buen ejemplo a toda la América.

Que de todas las capas sociales de Bogotá, que de todas las ciudades y aldeas de la República se eleve un solo clamor para pedirle al gobierno del doctor Abadía Méndez que retire a Colombia de esa Unión de Caín con Abel. Y que se haga constar en forma muy clara, tan alto como sea necesario para que en los Estados Unidos lo oigan hasta los sordos, que no es contra el pueblo yanqui, contra el pueblo de Abraham Lincoln y de Eugenio Debs, contra el que va nuestra protesta y el acto, en apariencia insignificante, con que la afirmamos: que se sepa que esa protesta va contra el gobierno de Calvin Coolidge, contra el gobierno que recibe y ejecuta las órdenes del capitalismo de que es hechura.

DIMITRI IVANOVITCH.

1. En breve lo reproduciremos en estas columnas.



Don Julio Cejador

La noticia del fallecimiento de don Julio Cejador ha sido para mí motivo de verdadero pesar, pues con él pierdo uno de mis antiguos y sinceros amigos de España.

Muere Cejador en toda la fuerza de la producción intelectual, y cuando apenas podía llamarse viejo. Quizá el exceso de estudio y de labor, minó antes de tiempo su naturaleza, como ocurrió con Menéndez y Pelayo. Después de este portentoso varón, tal vez sea Cejador el hombre de más vasta lectura en materia de lengua y de literatura castellanas. No fue un erudito de títulos ni un lector ligero y superficial. Sus juicios revelan un concepto propio y personal sobre cada autor y cada libro, y como tenía un espíritu atrevido y aventurero, no se contentaba con repetir las opiniones consagradas, sino que se complacía en presentar soluciones nuevas a los más intrincados problemas de teoría o de historia literaria.

Cejador fue en primer término, un filólogo. Lo acreditó de tal su *Gramática del Quijote*, altamente elogiada por don Rufino Cuervo. De grande importancia es también desde el punto de vista de la filología comparada, su *Embriogenia del lenguaje*. En el *Tesoro de la lengua castellana*, del cual publicó doce volúmenes, y que, según su plan y lo que tenía escrito, debía comprender veinte, se esforzó por comprobar una de sus tesis favoritas: la de que el idioma eúskaro tenía importancia capital en la formación del castellano. Esta teoría fue acerbamente combatida por el grupo de romanistas que sigue las huellas de don Ramón Menéndez Pidal, el más grande de los actuales eruditos españoles.

Cejador fue crítico literario, en artículos desenfadados, doctos y penetrantes, que coleccionó en volúmenes como el que lleva el sugestivo título de *Pasavolantes*. Pero su obra fundamental en la materia fue su *Historia de la lengua y de la literatura castellana*, en catorce grandes volúmenes. Es el mayor inventario bibliográfico que se ha hecho de las riquezas literarias de nuestra lengua. Comprende no sólo la producción española, sino la hispano-americana. Y no es un catálogo escueto de nombres y de títulos. El erudito se acompaña del crítico, y abundan en esas páginas hermosos retratos literarios y juicios originales y profundos. Hay allí deficiencias y errores; y ¿cómo podían faltar en obra de tal magnitud y de tan difícil ejecución? Pero en el conjunto de ese trabajo hercúleo, puede apreciarse el más sincero deseo de acertar, el criterio más amplio y abierto para juzgar toda manifestación literaria, todo efectivo valor intelectual. De muchos escritores colombianos habló con verdadero entusiasmo y colocó sus retratos al lado de los grandes autores peninsulares.

Después de esta *Historia*, obra de consulta indispensable para todo el que quiera abarcar el cuadro completo de nuestra literatura, publicó Cejador una hermosa colección de cantares populares que él consideraba como «la verdadera poesía castellana», mucho más auténtica que la derivada de fuentes eruditas. El quinto tomo contiene un profundo estudio sobre la poesía popular.

Él último libro de Cejador y artísticamente el más hermoso, se titula *Tierra y alma española*: es como el testamento de este grande y auténtico español, erudito y artista, apasionado y sincero; de espíritu combativo y que jamás contó el número de sus enemigos; pero franco y leal; y tan profundamente enamorado de su tierra, que las divergencias cesaban cuando se trataba de rendir culto a la *magna parens*, a la antigua y gloriosa España.

No era Cejador un estilista pulcro y perfecto, pero sí un escritor caudaloso y enérgico, que se abrevaba en las fuentes del más puro casticismo, del que brota de las entrañas del pueblo. Su *Estilística* demuestra el dominio que tenía de las riquezas del castellano popular. Su estilo es expresivo, gráfico y pintoresco; y con breves rasgos diseña una fisonomía o traza un paisaje.

El que esto escribe fue honrado por don Julio Cejador en forma que encadena para siempre su gratitud. Hoy cuando ya no puede esperar nada de él, le tributa un cristiano memento, y rinde un homenaje de admiración y de respeto a su memoria.

ANTONIO GÓMEZ RESTREPO

(De *Santafé y Bogotá*, Bogotá).

Página lírica

De hechiceria

Para el alto espíritu de J. García Monge.

I

Sor María

¡Oh Sor María, oh Sor María, oh Sor María!

R. Darío.

Es la Diabla-Abadesa, que enterró en celda un día
sus estigmas de santa con su ardor de posesa;
sus ojeras muy hondas, su boca vampiresa,
sus pupilas de sábado... Se llamó Sor María.

Se persignan las monjas, si pasa la Abadesa,
y el Padrenuestro rezan con el Ave María.
Con la vista la siguen. Si en la celda sombría
la ven entrar, cada una su escapulario besa.

Sor María era un tiesto de marfil macerado
en que sangraba a ratos el clavel del pecado.

Sor María era yesca que encendió Lucifer.
Sor María era el cirio divino del altar.
Sor María era aquella de tan vívido arder
que en las nieves de la hostia se sentía quemar.

II

Cavila el viejo Duque

Sarmentoso rostro, cutis de aceituna,
encrespado pelo casi blanco, el ojo
muy duro y muy hondo, bajo el gris abrojo
de la luenga ceja. Crispa en media luna
la apretada boca. La barbilla es una
saeta; el bigote se desgaja flojo;
los pómulos secos; el aire de enojo;
cruzadas las piernas. La hidalga fortuna
se amustia en los oros del butaco.

Al dar
el reló de pesas las siete, el hogar
atiza la dueña; y óyese un rumor
de puerta, que empuja la mano del Prior.

Con los ojos bajos, de gato el andar,
llega lento Fray Pedro el Confesor.

III

El divino remedio

—Sentaos, Padre... ¿Habéis pensado?...—
Era
un copo de malignas tentaciones
Teresa, la hija del Marqués. Hoguera
en que ardía un incienso de oraciones
entre arcanas Thesalias de hechicera.

Se dice que una vez... sobre la estera
del altar, encontráronse jirones
de un Utrecht desangrando en los bullones
y un Malinas nevando en la gorguera.

Se dice... que Satán sopló en los cirios...
Que mezcláronse rezos y delirios...

Se dice... que...
—¿Lo habéis pensado?...—
El cura
afirma. Y...

Las lozas del convento
sienten hervir su yerto pavimento
con el pecado de una trenza oscura.

IV

Se dice...

Se dice que está la Abadesa
enferma de cuerpo y de alma.
Cercados por negras, profundas ojeras,
sus ojos son dos escorpiones de llama

maligna. Se dice que acerca
en horas de fiebre, la efigie pintada
de un hombre a su boca, temblando, y la besa,
retorcido el cuerpo bajo de las sábanas.

Se dice—¡qué raro contraste!—
que está un Crucifijo colgado en el muro en la celda;
que, a veces, saltando del lecho, la boca expirante,
desnuda la monja, le besa y le besa;
que luego en las llagas le chupa la sangre
con torvo delirio la Madre Abadesa.

Se dice... se dice... se dice...
Y, al decir aquello, las hermanas rezan...
Rezan el rosario
con las manos trémulas.

V

La milagrosa muerte de Sor María

Sor María se muere. Entre la oscura
celda, las monjas tiemblan junto al lecho,
al ver que llora la Abadesa impura
mirando en la pared del Cristo el pecho.

De pronto, huyen las monjas con pavura,
porque, colgado junto a Dios de un clavo,
creyeron columbrar, con cuerno y rabo,
del hombre del retrato la figura.

Y cuando tornan con el Prior, han visto
que ya no se halla en la pared el Cristo,
ni la muerta en sus sábanas de armiño;
y que ¡oh milagro sin igual! yacía,
como en los brazos de su madre el niño,
en los brazos del Cristo Sor María.

Santiago Argüello

México, 1927.

El silencio de la noche

Llovió... Y en el nocturno y antiguo pavimento
la luz de los dinteles, hecha ilusión, se amplía.

En la distancia, el viento
prolonga la impaciencia de su monotonía
como si repasase un aire de vals lento.

Ni una alma, ni una estrella, ni una canción hermana;
y en un desprendimiento de lágrimas sonoras,
en la quietud lejana
descienden sollozando, mientras se van las horas,
los toques con que mide la noche una campana.

Pienso en su amor. ¿Qué música perfumará su oído?
¿Qué narrará su boca tan tímida y tan suave?
¿Qué nuevo amor la ha herido?

Ni una alma, ni una estrella, ni una canción... La nave
que me alejó de su alma me llevará al olvido.

Pienso en su amor. Acaso, mi voz murmure un ruego,
doliente de añoranza, por el amor lejano
que he de llevarle luego
para besar sus ojos y comprimir su mano
mientras, todo dulzura, mi corazón le entrego.

Ni una alma, ni una estrella... Mi amor, que sueña en vano,
va por entre las sombras nocturnas como un ciego.

MANUEL SEGURA

Canto de eternidad

Hube de nacer,
hube de vivir...
Una eterna aurora cendales tendía
en cada minuto y en cada lugar;
y tuve alas de oro para mi alegría.
El huerto, los montes y la serranía
éranme trofeos que no he de olvidar.

Hube de vivir,
hube de pensar...
El sol, padre eterno de todas las cosas,
remontándose iba por el cielo azul;
y crucé hartos rumbos: fuerzas misteriosas
lleváronme en torno del cardo y las rosas,
por entre penumbras y sombras y luz.

Hube de pensar,
hube de sentir...
Miréme en los hondos, en los claros cielos
de tus ojos; y hube de tomar la mies
de todas mis tierras, en albos pañuelos
de ilusión. Gloriosos eran mis anhelos
para tu alma blanca, para tu querer.

Hube de sentir,
hubimos de amar...
Color y perfume nos dieron las flores,
plumajes y trinos el ave nos dió;
primavera, el cielo; el astro, esplendores;
agua pura, el río. Y fueron mejores
la noche y el dia, la luna y el sol.

Hubimos de amar.
hemos de morir...
La gélida sombra menguará la llama
que nos ilumina, que calor nos da;
ya no escucharemos al ave en la rama,
ya no más veremos la estrella que te ama
desde que en la tarde prende tras el mar.

Hemos de morir
y hemos de vencer...
Seremos eternos, más allá de todo:
serás tal vez trino junto al rosedal,
brisa en los trigalss, luz en el recodo...
¡Seremos estrellas errantes, a modo
de dos ilusiones en la eternidad!

MANUEL SEGURA

San José. 4-III-927.
Costa Rica.

El infierno de Nicaragua

=De *El Tiempo*. Bogotá=

La batalla de Muy Muy, en donde las fuerzas del doctor Sacasa, que se creyeron en un principio vencidas por los traidores de Díaz, ha cambiado completamente la faz de la guerra en Nicaragua, y nos ha puesto a los suramericanos frente a un gran problema de solidaridad continental.

Ya no le queda al doctor Sacasa, según las noticias que se reciben, sino la ciudad de Managua por tomar; pero en Managua cuenta Díaz con cinco mil marinos americanos, que tienen orden terminante de dispararles a las fuerzas constitucionales y de sostener a toda costa el candidato de Washington.

¿Debe vacilar el doctor Sacasa, y dejarle imponer a su patria una coyunda eterna y oprobiosa?

La generalidad de las gentes están de acuerdo en que al doctor Sacasa no le quedará más recurso que disparar sobre los americanos, luchar heroicamente, caer en pleno campo, lleno de gloria, como otro Francisco Solano López, y entregar su patria en llamas a los invasores, para que reinen sobre las cenizas.

La vida de los pueblos está llena de esos ejemplos. Los Jantios, en tiempo de Bruto; los de Sagunto; en fin, los de todos los pueblos del globo donde se ha sentido más amor a la libertad que a las munificencias de los poderosos que se la quitan con sus larguezas.

Y frente a ese conflicto, ¿podrán los pueblos de América permanecer tranquilos?

Yo quisiera creer que no; pero recuerdo lo que le sucedió a Colombia en los días inolvidables de Panamá, y tengo que aceptar con dolor que también se verá Nicaragua en la situación en que nos vimos nosotros, sin más que la voz amiga del Ecuador, y mirando cómo a diario, los pueblos hermanos del Sur, se apresuraban a exteriorizarle al presidente Roosevelt su deseo de que se les tuviera en cuenta como los primeros en reconocer a la joven república, surgida al amparo de las armas americanas y protegida por la cobardía de ciertos colombianos, que aún arrastran por ahí su vida para que nosotros podamos enseñárselos a nuestros hijos, como debieron enseñarles a Judas los cristianos de los primeros días, a los niños que nacían en su fe.

Estamos asistiendo a la lenta agonía de un pueblo que va a morir con dignidad, y que en vano vuelve sus ojos a los hermanos de América para implorar de ellos siquiera conmiseración con sus heridos, con sus huérfanos, y con sus ancianos. Ni una sola voz se ha oído en todo el continente, para protestar contra lo que allí está sucediendo.

Alemania se vió escarnecida un día porque dejó que sus artilleros dispararan sobre las torres desguarnecidas de la catedral de Reims, y por haber amenazado a Venecia. El mundo entero se sintió conmovido ante la amenaza de destrucción de esos monumentos del arte humano, y sin embargo, nadie protesta ahora, nadie se conmueve ni pide piedad para media nación de patriotas que defienden su libertad y quieren que se les trate como a ciudadanos por un país que se ha proclamado siempre defensor de todos los derechos humanos.

En Nicaragua se está cometiendo ahora mismo el crimen más negro de lesa humanidad.

Las gentes leen todos los días con la indiferencia de estos momentos de crisis del sentimentalismo y de los nobles ideales, que los heridos de las

fuerzas del doctor Sacasa mueren de sed, de hambre y de falta de medicinas.

Lo leen, y pasan la vista con indiferencia por sobre esos relatos dantescos.

Nadie se atreve a decir nada, por temor a causarle desagrado a un gobierno poderoso, que se ha propuesto acabar, por todos los medios posibles, con el último baluarte de hombres independientes que combaten el imperialismo, y castigan a los traidores que trocaron la posesión de su heredad patria por unos miserables retazos de vías férreas, de carreteras, y por otras concesiones ilusorias.

No hace tres días los periódicos referían que en el combate de Muy Muy, los heridos liberales se arrastaban, enloquecidos por la fiebre, en busca de agua, y que pedían con gritos desesperados a sus compañeros que les quitaran la vida, a trueque de no dejarlos llevar a los hospitales de la zona neutral o al calvario terrible de Managua, donde se ha hecho de la piedad la más monstruosa caricatura. En todos los cables se dice que las fuerzas del presidente Sacasa han tenido más bajas por falta de hospitales y de recursos médicos, que por efecto de las balas. Se habla de los estragos inmensos, causados por las bombas incendiarias que los aviadores americanos arrojan sobre los hacinamientos de mujeres y niños indefensos, y se dice que todos los heridos legitimistas mueren por falta de remedios y de asistencia médica.

¿En dónde está la llamada solidaridad panamericana? ¿En dónde está la acción de la Cruz Roja universal, que a estas horas del siglo permanece impasible ante esa inmensa hecatombe?

¿No saben los pueblos de Sur América, que en los hospitales donde hacinan en espantable promiscuidad los heridos y los febricitantes de Sacasa, se está haciendo la más inicua poda por cirujanos mercenarios y por nicaragüenses envilecidos por la traición y para dejar inhábiles para la guerra a todos los que van allí con esperanza de ser aliviados?

Si se les dejara morir en el campo de batalla donde cayeron, sin tenderles mano compasiva, sin darles agua que piden a gritos, y sin hacerles remedio alguno, nadie se espantaría ante eso. Es el derecho de represalia que se ejerce cuando se declara la guerra a muerte; es la absoluta sordera que produce la pasión desencadenada. Ni misericordia, ni piedad se debe tener en esos casos, porque se pelea para que uno de los dos contendores desaparezca del haz de la tierra.

Cuando un ejército mercenario se presentó frente a Tebas, los dos bandos que se disputaban el mando de la ciudad se llevaron como enseña de su empresa, la más severa de todas las divisas:

«Ni esclavos, ni rehenes, ni rescates».

El vencedor reinaría sobre cadáveres; pero en medio de aquel campo de exterminio, Antígona, la hermana de los capitanes irreconciliables, alzaba su voz para hablar en nombre de la humanidad:

—Yo enterraré al hermano muerto, aun cuando caigan sobre mí todas las condenaciones.

En Nicaragua la piedad se ha excluído por temor a los invasores.

Y los invasores no han querido ejercerla sino sobre las tropas que les son adictas.

Se dice que en los hospitales hay dos campos, como en la guerra.

En el uno se prodigan todos los cuidados. En el otro se finge prodigarlos, y se ejerce la más negra de las represalias.

¿En dónde están esas misiones caritativas de Norte América, que van por el mundo curando la anemia tropical, la fiebre amarilla y el paludismo?

¿En dónde la Cruz Roja que tánto beneficio ha hecho en todas partes, y que deja hoy a los heridos liberales de Nicaragua, sirviendo de carne de estrago a las gentes enloquecidas por el odio?

¿Y en dónde la gentileza del ejército americano, que permite que sus marinos estén cubriéndose de oprobio en Nicaragua, al permitir que en su presencia se les niegue el amparo a los heridos de los adversarios, sin que ellos tengan siquiera un gesto de conmiseración?

Nadie acusa, nadie da un grito de protesta, y los heridos del ejército de Sacasa, que defiende la causa de la patria, seguirán clamándoles a sus compañeros para que los rematen por piedad, antes de verse expuestos al lento martirio del abandono en los hospitales de Managua, al tormento de la sed en el campo de batalla, y al infame bombardeo de los aviadores asalariados, que arrojan sus explosivos desde las alturas de un cielo dominado por la traición de los malos hijos de la patria sobre los escombros de los hogares destruídos, sobre los pueblos indefensos y sobre los campos donde se hacinan en espantable confusión, mujeres enloquecidas y niños que no pueden ya ni mirar a los cielos para pedir a ellos misericordia, porque de allí les llueve metralla.

JOAQUÍN QUIJANO MANTILLA

El Epiro, domingo del mes de marzo de 1927.

Correspondencia

Lima, Marzo 17 de 1917.

Señor
Joaquín García Monge
San José, Costa Rica.

Distinguido escritor y colega:

Le envío los números 2 y 3 de *La Sierra* como canje para su REPERTORIO, que también es nuestro, por significar un valioso movimiento intelectual indolatino.

Así mismo, le remito *Hacia Indolatinia*, libro que acaba de publicar mi hermano Víctor, que aun cuando su carátula dice: 1926, realmente ha aparecido en 1927. Le recomiendo la entrega del otro ejemplar al gran novelista Horacio Quiroga.

Bien estaría haga Ud. conocer desde REPERTORIO, la *supranacionalización de la prensa.*

Le saluda muy cordialmente, su nuevo amigo y S.

J. GMO. GUEVARA

BIBLIOTECA POPULAR
CHICLAYO - PERU

Señor Director de la Revista
REPERTORIO AMERICANO
Costa Rica.

Muy distinguido señor mío:

Me es muy honroso ponerme a sus órdenes y saludarlo con la mayor atención y aprovecho la oportunidad para solicitarle, en nombre de la Biblioteca Popular, que me honro en dirigir, el obsequio de su importante Revista REPERTORIO AMERICANO.

Siendo usted un decidido colaborador en la obra de culturización de América Latina, no dudo que atenderá nuestra solicitud, y el obsequio o envío que haga, cimentará aún más los esfuerzos civilizadores en que estamos empeñados todos los buenos hijos de esta gloriosa América.

Agradeciéndole anticipadamente y deseándole los mayores éxitos, me suscribo su atento y S. S.,

AMADOR MONDOÑEDO

NOTA: —Le suplico se digne hacer reproducir esta circular en algún diario de su país con el fin de hacer más extensiva mi petición.

Un homenaje francés al gran poeta alemán Rainer María Rilke

Por Enrique Espinoza

...La gloria no es, finalmente, más que la suma de los mal entendidos que se forman alrededor de un hombre nuevo.

RAINER MARÍA RILKE



Rainer María Rilke
Dibujo de N. N.

Los poetas puros, aun los más grandes, rara vez alcanzan la celebridad mundial que les corresponde. Y se explica. Primero, porque sólo hallan eco en una minoría muy reducida; segundo, porque escapan, generalmente, a la propaganda internacional de círculos interesados; tercero, porque cuanto más puros, más difíciles de traducir resultan.

Un drama, un ensayo o una novela pueden, hasta cierto punto, ser apreciados en cualquier idioma. La gracia inefable de una canción desaparece al ser literalmente inspirada en otro molde. A menos que lo haga un poeta de idéntico temperamento. Lo que rara vez sucede, porque los grandes temperamentos son únicos. El caso Poe-Baudelaire es una excepción que confirma la regla.

La impopularidad de los grandes poetas es pues un hecho lógico. El premio Nobel puede hacer resonar sus nombres en todo el mundo; pero rara vez alcanzan a ser conocidos del gran público, Es el caso de Paul Heyse, de Spiteler, de Yeats.

Claro que hay también poetas—con premio Nobel o sin él—bastante leídos. Son las excepciones. Verbi gratia: Heine, Withman, Tagore. En el caso de Heine, su popularidad se explica gracias a sus *Reisebilder* y a su larga residencia en París. Withman debe la suya a la índole democrática de sus cantos y a su contenido religioso y apostólico. En cuanto a Tagore, si no es ajeno a su gloria el premio Nobel, la propaganda de las *ladies* teosóficas y sus barbas, han hecho el resto...

Con todo, no se puede decir que la poesía de los grandes poetas sea conocida fuera de sus idiomas de origen. A lo sumo, es sospechada en buenas o malas traducciones, cuando éstas existen. Porque hay grandes poetas que, no obstante su renombre mundial, apenas si son traducidos fragmentariamente para las antologías. Es lo que pasaba hasta ayer con Rainer María Rilke. Por fortuna ya dejó de ser en parte. Uno de sus libros de prosa: *Die Aufzeichungen des Malte Laurdis Brigge*, acaba de ser traducido al francés por Maurice Betz. Y a iniciativa del mismo escritor, cierta publicación mensual de París *Les Cahiers du Mois* le consagra, poco antes de su muerte, un homenaje de reconocimiento.

Rainer María Rilke se ha ganado la gratitud de los franceses en buena ley. Fué secretario de Rodin durante muchos años. Escribió sobre el maestro dos ensayos fundamentales. Además, tradujo al alemán numerosas páginas de Maurice de Guerin, Stéphane Mallarmé. André Gide y Paul Valéry. Pero M. Maurice Betz no ha querido hacerle a Rilke un puro homenaje de reconocimiento francés. Escritores de Alemania, Dinamarca, España, Holanda, Hungría, Italia, Polonia, Suecia y Checoeslovaquia aparecen también asociados con recuerdos y ensayos en la parte final de la *Reconnaissance a Rilke.* Sólo que bajo el título de *testimonios extranjeros.* Y es una lástima. Porque, en verdad, el cuaderno debió tener si no un carácter mundial como el *Liber Amicorum* dedicado a Romain Rolland, por lo menos europeo en el sentido nietzscheano de esta palabra. Por mi parte, hubiera preferido un buen estudio de Maurice Betz—tal vez una simple ampliación del corto ensayo publicado al frente del cuaderno editado por *Les Contemporains*,—seguido de una cantidad de juicios europeos.

Vale la pena recordar a este propósito un viejo y olvidado homenaje francés al poeta ruso Alejandro Púschkin con motivo de su primer centenario (V. P. Stock, editeur. París, 1900). Formábalo un breve ensayo de E. Séménoff, seguido de varias opiniones de Lermontof. Gogol, Mickievicz, Herzen, Léger, Binstock, algunas cartas de Emile Zola, Marcel Prévost, Paul Hervieu, Jules Lemaître, y muchas poesías del mismo Púschkin.

Nada de clasificaciones nacionales ni raciales. Y eso hace más de veinticinco años.

Pero, de cualquier modo, en el caso de Rilke la iniciativa de Maurice Betz es digna de alabanza, y su traducción de *Les Cahiers de Malte Laurdis Brigge*, así como las páginas inéditas del *Libro de los Sueños* y demás fragmentos, pueden leerse con provecho.

Desde luego, la sola lectura de estas páginas y las otras del homenaje francés no bastan para dar una idea exacta de la significación poética y espiritual del gran artista alemán. Pero llenan su misión al despertar interés por conocerlo íntegramente en su idioma. Por otra parte, más que las opiniones *nacionales*—exceptuando las páginas de André Gide, su primer descubridor en Francia; de Edmond Jaloux, que cuenta una interesante entrevista con Rilke, y de Maurice Betz, su fiel traductor,—los *testimonios extranjeros* forman la médula del homenaje.

Las páginas graves de M, Paul Valéry, lo mismo que las insignificantes de M. André Germain, revelan una gran admiración, pero un imperfecto conocimiento del espíritu europeo de Rilke. Esto último sólo aparece insinuado en algunos testimonios del apéndice.

Robert Faesi, en las pocas líneas qe se transcriben de su libro sobre Rilke, lo define como un poeta romántico. A este propósito, recuerda las tres características que, según Ricarda Huch, hacen al poeta romántico: la ausencia de familia, la ausencia de patria y la ausencia de profesión. Estas ligaduras con el mundo externo faltan, según el propio Faesi, en el poeta romántico que es Rainer María Rilke.

Por su parte, Albrecht Schaefer, que dedicó un extenso ensayo a Rilke en 1925, cuando celebróse en Alemania el cincuentenario del nacimiento del poeta, halla una expresión más clara al decir que Rilke es, ante todo, un solitario. Hay otras opiniones y una indigna salida chauvinista de André Germain, que valdría la pena glosar. Pero imposible hacerlo en los límites de una simple nota. En resumen, puede decirse que de las encontradas opiniones del cuaderno, surge que Rainer

(Pasa a la página 256).

El repliegue

=De *La Libertad*. Madrid.=

Pocas veces la Historia humana, en sus trágicas escenas, presenció alguna parecida a la del famoso discurso de Lenin. Acabo de oír contar el episodio a un español que la presenciara. Fue una escena shakespiriana, algo como la primera escena del *Julio César*. El pueblo murmura sus desdichas, desconfía de sus tribunos. César ha muerto. La tribuna roja, como envuelta en llamaradas por banderas y trofeos, aparecía enmudecida, desierta. Un pueblo silencioso, pero amenazador en su calma tormentosa, rugía, a veces, o callaba con el furor, con el silencio rabioso de hambrienta fiera. Lenin, pálido, apareció en el marco rojo de las banderas. Le embargaba la emoción. Sus ojos, entornados, evocaban insomnios y tragedias. Su frente, sombría, cubría un mundo de encontradas pasiones. Un terrible combate se lidiaba tras de las oblicuas cejas del mongol... Quedó un momento pensativo, mirando, errabundo, al enigmático pueblo... Los corazones todos latían de emoción. Podía oírse hasta el respirar anheloso de la interrogativa muchedumbre enmudecida. En aquel momento iba a decidirse el porvenir de Rusia. «Yo he creído asistir a la escena trágica del Thermidor, a la del juicio de Luis XVI en la Convención, a la del Parlamento inglés ante Carlos I—me decía el español—. Dudo que con ser tan trágicas las históricas escenas pudieran igualarse en emoción a la que presencié yo...» Hablaba Lenin con pausada voz, con timidez infantil en sus exordios, deletreando las palabras, desgranándolas; pero luego era desatado torrente. Parábase a ratos y meditaba sus conceptos. De pronto, con aquella bárbara franqueza, con la fiera lealtad y la decisión que fueron madre de su fe y de su captación del pueblo, Lenin, calmoso, evitando trágicos desplantes, pronunció las históricas palabras:

«Veinte o treinte millones de seres están amenazados por el hambre, y diez millones, cuando menos, por la muerte. El comunismo no ha podido provocar la revolución mundial, camaradas (como lo esperábamos en Moscou cuando los Soviets reinaban en Baviera y en Hungría, y surgían indecisos en otros pueblos); no puede triunfar en un Estado rodeado de países capitalistas más que por una estrecha unión entre una industria próspera y una agricultura rica. Preciso es saber que no estamos en vísperas de dar el asalto a la fortaleza capitalista. Contra mis sentimientos, un ideal; pero con mi leal franqueza debo deciros que para lograr la debida reconstitución preciso es adoptar algunos métodos capitalistas».



Lenin

Miró Lenin a la muchedumbre, que parecía hipnotizada... La palabra «capitalista», maldecida, caía en aquel templo comunista como la negación de Mahoma sobre la «piedra negra» de la Meca, la del Cristo de Belén en el Vaticano.

«Se trata de un repliegue estratégico—añadió después Lenin, sonriendo con malicia—, un repliegue que permitirá, que permitirá—repitió—a sus autores esperar la revolución mundial, conservando la dirección del movimiento proletario».

Murmuraron algunos; mas, al observar la lealtad con que hablaba el héroe, callaron desarmados por su honradez y por su lógica. Trotsky, a media voz, musitó: «Si damos un dedo a la burguesía se tomará el brazo».

Era el 8 de Marzo de 1921.

«¡Alea jacta est!» Lenin, sereno, había pasado el Rubicón para salvar a Rusia. En aquellos trágicos momentos de zozobra y duda se le apareció en la lejanía una Rusia vencida, el zarismo vencedor, la vida en peligro de sus apóstoles y hermanos, el hundimiento, para siempre quizás, del proletariado universal. Puesto a decidir, escogió la salvacion confesando sus culpas con leal franqueza. Cualquier otro hombre que Lenin no fuera, acudiera a la farsa o al engaño para distraer al pueblo, engañar el mal con fingidas medicinas. Lenin, soberbio en su derrota, hizo mármol estatuario de su brutal franqueza. Discuten muchos si Lenin fue más grande en el triunfo que en la adversidad forzada. Los más expertos afirmaron que cuando el dolor engrandecido ennoblece, la humillación levanta el alma hasta la sublimidad. La «Nueva Economía Política», es decir, los «N. E. P.», inauguraban en Rusia la era bonancible. El 24 de Mayo de 1921, con dolor de corazón, pero con firmeza de su voluntad, Lenin firmaba las nuevas leyes. Permitía el comercio privado, la especulación en Bolsa; dejaba a los particulares la libertad de tener fábricas en las que trabajaban menos de 300 obreros. En el transcurso de meses las reformas continuaron. Iremos examinándolas.

En los días del «comunismo de guerra», las prohibiciones sobraban, pues no había comerciantes, ni industriales, ni intermediarios, ni rentistas, ni Bolsa... El Estado era todo: comerciante, industrial, absoluto dueño. Era la Esparta moscovita, presidida por un Licurgo que repartía la «salsa negra» y dejaba viajar en cansados trenes, ya montados en estribos o encaramados en el techo, vacilantes en los topes.

Hoy, ya no es eso. Esparta, si no es Atenas, camina a ello. Hay prostitución, niños abandonados en la calle, mendicidad; se dan propinas; corren coches de alquiler; se tambalean los borrachos y las tabernas se abren; molestan los notarios... Hay, sobre todo, muchos «Nep», es decir, «nuevos ricos». La vida rusa no es ya hoy muy distinta de la vida occidental, la del régimen capitalista. Hoy quien tiene más dinero vive mejor, fuma mejor, se acomoda en el teatro mejor que quien nada tiene. En el tren hay dos clases: la clase de los ricos, clase de blando asiento, y la clase de los pobres, clase de asiento seco y duro. Leo ahora que también, desde poco, hay primera clase. En los espectáculos existe una clase de preferencia, otra clase general. En las tiendas de lujo veis mujeres que compran pieles y en la calle mujeres que tienen frío. Cuando el «comunismo de guerra» todo era malo; pero todo igual. Ahora hay personas que viven mejor que otras; pero el bienestar se ha generalizado más.

¡Extraño mundo el moscovita de ahora! Si bien los aires capitalistas troncharon las recias encinas de la Edad de oro, el ambiente moscovita sería irrespirable, del todo incom-

prensible para el ciudadano occidental. Como en España se habla siempre de procesiones o de toros, las gentes se apasionan por un torero; en Francia se discuten las modas; en Inglaterra, los caballos de carrera; en Italia, al tenor o al bandolero; en Alemania, las batallas; y en Hungría, los falsos billetes; las charlas y disputas de Moscou giran, casi siempre, sobre economía o política económica, movimiento obrero internacional o estadísticas obreras. Admira ver colas de curiosos que ansían conocer los sucesos de China, como en España la cogida del torero o la «magistral faena» del espada. Muchas gentes se vuelven locas por conocer con detalle el malestar industrial de Inglaterra y de sus minas. ¡Asia, y la guerra contra Inglaterra, se transpiran en toda charla! Ayer, en un café, un moscovita de altas botas se levantó, iracundo, para abofetear a un ukranio de apasible mirar... El motivo de su furor obedecía a un juicio, interpretación de la doctrina de Carlos Marx. Un cochero disputa con otro sobre la toma de Pekin y el porvenir siriojaponés. Una ciudadana de pañuelo rojo anda a la greña con otra, pálida, por averiguar las estadísticas de un taller o de una fábrica. ¿No es verdad que el pueblo ruso no se parece a ninguno, que ha cambiado en su mentalidad, como de la sombra a la luz, de la noche al día? Es, seguramente, hoy el pueblo del mundo que se interesa más por las cuestiones políticas. Todos son políticos y ejercen la política, vigilándola como su casa propia.

Aún perdura, y perdurará, la discusión eterna sobre el discurso de Lenin. Ahora oímos, en una cervecería, disputar a un extranjero con un moscovita. El extranjero parece libertario, ama al individuo cuando detesta la plebeya dictadura; cuando le hablan de policía, de autoridad y de orden público frunce el ceño o se estremece... Pero el moscovita le ataja:

—Voy a suponer—exclama—que tú eres Lenin y que estás en Moscou dueño del Poder. No hablemos ya de palabras vanas, «autoridad», «gobierno», «poder», «política». Que quieras o que no quieras, si mañana triunfas tú habrás de tener gobierno, ejercer autoridad, gozar poder, hacer, en fin, política. ¿Qué no? Pues entonces, ¿para qué luchar? Mira este terrón de azúcar: es Lenin. Mira este vaso de agua: es Rusia. Mira esta cuchara: es el zarismo. Suponte tú que por defender tus teorías arrojas el terrón al agua, coges la cuchara y revuelves el líquido. Lenin se deshace y el zar triunfa.

—¡Bravo! ¡Prósit!—gritan unos alemanes, chocando vasos.

—Si Lenin no cambia de rumbo en la suprema hora de la tragedia, ¿hubiera dejado, indiferente, arruinarse a Rusia? Pues si vosotros lográis mañana triunfar y los pueblos todos amenazan vuestro ideal, y la miseria, el hambre, el zar os acometen y amenazan por todas partes, ¿seríais capaces de llevar al tirano, en bandeja de oro, vuestro ideal vencido? ¡Os defenderíais con los dientes y con las uñas! ¿No es verdad? Pues para vencer habríais también forzosamente de ejercer la dictadura, el mando, la dirección.

El extranjero habla de Réclus, de Bakounine, de Kropotkine, de Platón y de Sócrates.

—Cuando sucede lo que sucedía en Rusia, lo primero es defenderse. Platón es bello pero leído en un templo griego; el mundo de Kropotkine, para habitado por los ángeles. Pero Wrangel, Denikin, Koltchac eran demonios; querían destruir a la Rusia roja. Lenin cumplió.

Los alemanes, y un inglés, de nuevo gritan y gesticulan. El libertario protesta.

De pronto, todos callan.

—«¡Zitti! ¡Zitti! Silenzo. Chi passa la ronda»—susurra un italiano, exdiputado comunista de la Calabria.

Un extraño tipo, sigiloso y torvo, de botas altas y peluda gorra, se desliza por el café, clavando su mirada en la internacional tertulia, puerto salvador de los mil náufragos del Viejo Mundo, desterrados españoles, desterrados italianos, desterrados búlgaros, desterrados húngaros o austriacos. ¡La familia humana lanzada de todas las fronteras! ¡Qué racimo de horca para Mussolini y Brantiano, Zankoff y Horty! El fantasma parece un policía más; averiguado luego el caso, es un bailarín que se aparece después en el tablado disfrazado de inglés, el inglés ridículo del pasado siglo, patilludo y con gorrita de cintas, cartera de viaje y pantalones a cuadros. ¡Oh, qué silba, qué terrible silba le acoge! Moscou se venga en él de su furor antibritano.

Y la discusión sigue sobre el «repliegue» famoso de Lenin.

—¿Hay en Rusia ricos o no hay ricos?—pregunta el calabrés con ironía y gracia.

El húngaro protesta. Es el famoso Bela Kun, dictador de Budapest, a quien os presentaremos un día. ¿Hay o no hay ricos?

—Sí los hay, por fuerza deben ser excelentes artistas en el arte de disimular. ¡Bastante tiene el «Nep» con sufrir la inferioridad en que está respecto del Estado, el menosprecio de todos, la impopularidad del judío en la Edad Media!

—Y aun en la de ahora—dice un «tavarich» (camarada).

—«¡Buena ínsula le dan; pero buenos azotes le cuesta!»—murmura un español, recordando la frase cervantina.

¿Dónde, dónde vi yo a este español incóngnito?

RODRIGO SORIANO

Moscou.

Párrafos encendidos

del doctor Agustín Nieto Caballero

=Tomados del folleto A Nieto Caballero: *Sobre el problema de la educación nacional*. Bogotá. 1923.=

2.—*Véase la entrega anterior.*

...En el futuro de las grandes naciones habrá, como lo proclaman los videntes, un presupuesto monstruo: el de la Educación Nacional. El maestro es el soldado del futuro, y sólo las naciones que comiencen desde el presente a elevar su pie de fuerza espiritual, lograrán perdurar... El maestro hará la patria fuerte, noble, digna y culta del porvenir. El maestro será la conciencia magna de esa patria que está destinada a marcar una huella y ocupar una elevada posición ante el mundo.

Educar y no solamente instruir, hemos repetido multitud de veces: tal es el problema que confrontan los gobiernos de todas las naciones. Con razón se ha dicho que un pueblo instruído que no tuviera ni valor moral, ni voluntad para engrandecerse, ni lealtad para cumplir sus compromisos, sería peor, sin duda, que un pueblo ignorante. Tenemos, pues, en las propias bases, en los cimientos mismos de la nacionalidad, el hondo problema de la educación. Casi pudiéramos decir: lo que sea el Maestro, eso será la Nación.

Y hablamos del Maestro de la escuela primaria, del humilde Maestro de escuela! Es él quien toma en sus manos la materia dúctil y la modela a semejanza del artista que crea. Es él quien modifica las condiciones éticas del medio y orienta las energías latentes de la raza. Es él quien enseña a discurrir y a investigar, y no únicamente a leer y a contar. El inculca el hábito del trabajo, la hombría de bien y las ideas fundamentales que le dan a la vida su sentido noble y alto.

El magisterio será pues una cumbre, y a ella sólo llegarán los hombres dignos de formar con su ejemplo y con su ciencia los ciudadanos del futuro.

No es aventurado pensar que si logramos formar esta clase de maestros haremos la más honda, la más trascendental reforma que pudiéramos soñar. No son los programas, no son los métodos, no son las disposiciones legislativas, no son, en una palabra, las teorías pedagógicas más o menos modernas, las que reformarán la escuela. Es el maestro. Es él quien con su obra viva será motor y símbolo de nuestra redención cultural.

En los tiempos que corren la educación científica no es ya un lujo; no es ya un monopolio de casta: es una necesidad imperiosa. Las democracias nivelan por lo alto, y todos sus hijos, en uso del más justo y lógico de los derechos, aspiran a subir. Y es en la escuela de primeras letras en donde la iniciativa toma alas o se apaga como una débil lumbre, según reciba el aliento de un educador o el golpe rudo de un maestro sin alma y sin cultura espiritual.

Hay un punto que es preciso esclarecer en tiempo al plantear el problema de la renovación escolar. Las nuevas escuelas estadounidenses y europeas, claman algunos, son escuelas sin religión, y si el espíritu de estas escuelas penetra en nuestro país estamos perdidos irremediablemente. Meditemos con serenidad! La nueva escuela o Escuela Activa representa un espíritu nuevo en los sistemas de enseñanza y no una tendencia sectaria. Es neutra, tiene forzosamente que ser neutra, como neutra ha sido también la escuela vieja, en los países en donde la diversidad de religiones impone esta neutralidad, pero puede muy bien ser protestante en Alemania, budista en Oriente, judía en Palestina, católica en Colombia. La Escuela Activa no es una escuela catequista, y en dondequiera que una religión trabaje por la revaluación física, mental y moral de sus fieles, allí podrá levantar sus pabellones al propio pie del templo, de la Mezquita o de la Sinagoga. ¿Mas qué religión debe enseñarse en las escuelas oficiales de un país como Estados Unidos, en donde existen centenares de doctrinas distintas? La judía, dirán muchos, pues los judíos dominan allí en la banca, en la prensa y en la industria. No tal, reclamarían los protestantes, presbiterianos, unitarios, metodistas, cristianos científicos: nosotros alegamos también nuestro derecho. Y otro tanto, con sobra de razón, alegarían los católicos apostólicos y los del rito griego y tántos otros. Luego la escuela oficial es de hecho neutra, dondequiera que la coexistencia de credos diversos haga imposible la hegemonía de uno de ellos. Quedan en libertad los fieles de organizar escuelas especiales, y esto ocurre justamente en los Estados Uidos, en donde al lado de la escuela pública, que es neutra, se levanta la escuela parroquial que da la misma instrucción científica de la escuela oficial, pero instruye simultáneamente a sus alumnos en las doctrinas de su Iglesia.

Diferente es la situación para un país en donde la inmensa mayoría practica una sola religión. Allí, en nuestro sentir, debe darse la instrucción religiosa en la escuela. No se obligue a las unidades aisladas, por poco numerosas que ellas aparezcan, a practicar lo que practica y ama la mayoría, por inmensa que ella sea, y el conflicto religioso no surgirá. Hecha esta salvedad, no habrá quien sienta lesionados sus derechos, y ni la religión será desterrada de la escuela, ni en nombre de ella podrá cerrársele el paso a los progresos de la ciencia. Sobran pues las discusiones metafísico-pedagógicas a este respecto.

La cuestión de confianza.—Ningún problema ha logrado agitar en el mundo la vieja querella religiosa como el problema de la instrucción. Y hay motivo para que ello sea así: la escuela es el gran taller que forja los cerebros y los corazones del porvenir; es en ella en donde las mentes humanas reciben su primordial impregnación de sentimientos y de ideas; es ella la que abre las puertas de la conciencia individual y colectiva; ella es, en fin, la que siembra para que la sociedad recoja los frutos en el porvenir. ¿Qué de raro, pues, que la religión que aspira legítimamente a ser una fuerza conductora quiera penetrar allí donde las generaciones actuales tallan el alma de las venideras?

Los pueblos más avanzados de la tierra, los más cultos, los verdaderamentes libres, respetan hoy, con respeto hondo y sincero, la altísima idealidad que la religión entraña. No es verdad que la ciencia haya herido de muerte ni intentado siquiera eliminar de la vida esta idealidad. Ni la psicología, ni la ética, ni la estética, ni una siquiera de las ciencias sociales en cuyo nombre hablan ostentosamente los apóstoles de la irreligión, puede encaminarse por senderos de irrespeto. La Psicología nos muestra cuán hondas son las raíces que la religión ha echado en el cerebro humano a través de los siglos. La ética nos dice cómo el sentimiento religioso, noblemente comprendido, respalda la moral de los pueblos, lo mismo la de una tribu que la de la sociedad mejor constituída. La Estética nos hace ver toda la parábola maravillosa que describe el sentimiento religioso en el alma del hombre y que cuando busca exteriorización puede cristalizar en la obra maestra, literaria o plástica. La Sociología, en fin, revela al hombre de estudio, al hombre libre, justamente, la razón de ser de este bello y fecundo

sentimiento que florece dondequiera que el sér humano sienta su planta, así sea el sér primitivo que gesticula una salutación al Sol Naciente, como el hombre moderno que concibe y levanta el templo magnífico en la ciudad populosa.

La ciencia es, ante todo, comprensiva, y donde la comprensión abre sus puertas el irrespeto muere. Es precisamente en esta época de revaluaciones espirituales y de ruda brega por la existencia, cuando el filósofo aspira a poner más a salvo para la humanidad todo empeño que levante y dignifique, y que dé ánimo y consuelo al hombre. La ciencia es fría. Ella sólo investiga, aglomera datos, clasifica y define. Mas el científico de las ciencias sociales—el sociólogo—y el filósofo, que es su comentador y compañero, no pueden desdeñar los elementos - fuerzas de que la vida está preñada. Y la religión ha sido por siglos una de las fuerzas más potentes de la humanidad.

No es, pues, necesario ser devoto de un credo para asignarle a la religión un alto sitio en la vida. Basta ser hombre de pensamiento.

Por desgracia, para los intereses de la idealidad religiosa, son sus propios fieles, muchas veces, quienes más grandes males traen sobre ella. El energúmeno irreligioso nada lograría si el energúmeno religioso no se enfrentara a él con las mismas armas de pasión y de insania. «Todo lo exagerado es insignificante»; profirió en alguna ocasión Tayllerand. Pero dos exageraciones que se encuentra pueden formar trombas de devastación. Es así como en el fragor de una lucha encarnizada lo primero que da en tierra es la idea objeto de la discordia, a la manera que rueda por el lodo una bella estatua en medio de los bárbaros que se la disputan.

Los unos, en nombre del libre pensamiento, quieren, con furia demoníaca, aplastar el pensamiento ajeno; los otros, en nombre de una religión hecha toda de amor, hecha de mansedumbre y de perdón, levantan la bandera del odio, alto, muy alto, más alto que las propias torres de las catedrales. Y la tolerancia—que debiera ser una generosa manera del espíritu—se convierte en sacrificio envenenado, que corroe interiormente las almas y las mantiene como resortes comprimidos, prestos a saltar con violencia al primer frote de la idea contraria. Tácitamente un bando le ha significado al otro que tolera—léase que *aguanta*—las ideas contrarias, o sea los odios contrarios, a condición de que en el otro bando haya igual respeto para sus propios odios.

Aquí, en plena Atenas Suramericana, acaba de ilustrarnos el problema, al agua fuerte, un honorable Concejal. «Yo soy anticatólico, gritó en sesión reciente el ardoroso Edil, y exijo que ustedes los católicos me toleren esto, así como yo tolero el catolicismo». Tolerar no es, pues, respetar la idea ajena; es soportarla, y de qué modo! Anticatólico quiere decir precisamente que va contra la religión católica, que la combate, que la irrespeta—anti es siempre contra—mas ya vemos que este *representante* de las ideas liberales entiende así la tolerancia... Y no sólo la entiende así sino que exige que se le respete esta original manera de entenderla.

Pero los contrarios no pierden un palmo en su trinchera, antes bien quieren avanzar y gritan también desaforadamente: «Nosotros somos el poder, somos la fuerza, somos la autoridad, y no aguantaremos las insolencias liberales. El liberalismo es pecado. Fuéra, pues, el liberalismo».

Se olvida que el imperio de la religión no podrá ser jamás el imperio de una fuerza material. La religión sólo triunfa cuando convence, y toda supremacía que ella ejerza ha de sentirse de dentro para fuera—del corazón ha de venir este reconocimiento—o es una supremacía engañosa, desvirtuada, contraria al mismo elevado espíritu que la origina. La religión tiene su trono ideal en el propio corazón del hombre, y es este un trono que no se puede alcanzar con la violencia.

La obra de catequización más inteligente y más honda que se ha hecho en nuestra época es sin duda la llevada a término en los Estados Unidos por el Cardenal Gibbons. ¿Y cómo? ¿Amenazando con las llamas eternas, negándole el pan, la sal y el agua al fiel de las otras religiones y al incrédulo? No; jamás así, sino enseñando con su propio ejemplo, con su asombroso ejemplo, que toda la humanidad podía caber dentro de la consoladora religión que él predicaba. Por eso el egregio Arzobispo Ireland—otro pastor de almas con alma de pastor—pudo decir en las solemnidades del jubileo del gran Cardenal: «Su espíritu es grande. Su visión intelectual no se limita a considerar un solo aspecto de los hombres o de las cosas. Su corazón es grande. Sus simpatías sólo se detienen allí donde la humanidad deja de existir; sin preocuparse de sí mismo gasta lo mejor de su actividad en bien de los demás. Encuéntrase listo a apoyar toda empresa patriótica, intelectual, social y filantrópica, con el propio interés que si fuera religiosa, y, así, para lograr un buen éxito, tiende la mano al obrero como al capitalista, al negro como al blanco, al católico como al protestante y al judío. El es valiente; tiene el valor de hablar y obrar de acuerdo con sus convicciones; regocíjase cuando los hombres trabajan con él, y sufre cuando le separan». Mas los que trabajaron con él, con él casi siempre quedaron, porque era el hombre de Cristo por excelencia, y sabía conquistar los corazones.

El energúmeno que obedece a un mandato de su conciencia, tiene sinembargo aquel fondo de grandeza que da toda convicción sincera. En el que sí no cabe la menor grandeza es en el hombre que hace traición a su propio pensamiento. Lo mismo el que alardea de libre pensador y en la intimidad de su fuero tiembla por las penas ultraterrenas que le aguardan, que aquel defensor denodado de la Iglesia Romana, que en nada cree y que sólo busca, con la máscara que lleva, las indulgencias terrenales de los jefes políticos, a quienes sirve mientras se levanta un poco, de quienes se sirve luego para sus pequeños menesteres, y contra quienes más tarde se indigna, cuando ve llegada la hora propicia de ocupar su puesto. Con frecuencia toma por bandera la propia sotana de los ministros de Cristo y,

con ella en alto, se encamina a la Tierra de Promisión a donde ya otros, de igual modo, llegaron con ventura. Este, como lo vemos, es el propio Calibán, con las alas que ha tomado de Ariel, y conviene señalarlo en tiempo a las gentes sinceras, porque con esas alas póstizas vuela él también.

A este respecto hemos creído siempre que nada daña tánto a una doctrina como tener a su servicio falsos predicadores. Todo creyente honrado, al escucharlos, debe sentirse impulsado a gritar: «Vosotros, los que predicáis una cosa y hacéis otra, ¡calláos! Vuestras palabras son una profanación. Hacéis con ellas un daño irreparable; torcéis la marcha de la noble idea que aparentáis sostener». Es que para las causas que defienden los altos ideales del espíritu conviene no tener en las líneas de defensa sino verdaderos apóstoles. La inscripción o el reclutamiento en ellas de los francotiradores de ocasión, es altamente nociva.

* * *

Decíamos al principio que a la religión le interesa sobremanera intervenir en la escuela. Mas cuán delicada es esta intervención. Hay planteles —planteles de educación!—que tienen por costumbre calificar la conducta religiosa de sus alumnos como capítulo aparte de la conducta en general. La religión no aparece allí, de consiguiente, como aquel íntimo sentimiento, aquel conjunto de principios elevados que precisamente determinan una conducta en la escuela como luego la determinarán en la vida. La conducta religiosa aparece allí en rincón separado, desvinculada de los hábitos, tendencias y mañas del alumno. ¿Podrá así la religión suministrar al niño los motivos puros, los conceptos fuertes, las aspiraciones nobles, de que nos habla Baines? Qué doloroso interrogante el que se abre para el padre de familia cuando la conducta religiosa de su hijo es óptima y la moral es mala!

Las prácticas religiosas obligatorias existen todavía, por otra parte, en algunos colegios. No es, pues, el individuo el que se confiesa y comulga. Es la comunidad. Ahora bien: dentro de esa comunidad puede haber en ocasiones un alma que se acerque al altar de Dios forzadamente. La comunión obligatoria se convierte así, sin remedio, en el sacrilegio obligatorio. Al incrédulo puede no importarle esto, y aun serle causa de mofa, pero el creyente debería, aquí sí!, indignarse, y su indignación sería santa.

Educar es ante todo estimular interiormente; orientar el pensamiento antes que la acción; modelar la conciencia, para que ella busque los caminos que conducen a la salvación verdadera. Formar siervos que obedecen sólo en apariencia, mientras por dentro protestan, no es educar. Cuando el pastor de almas no es ese sér de selección que su elevado cargo implica, y procede por violencia, siembra la irreligión.

Pero hay todavía más. Al lado del liberal de cuño, que cree de su deber negar hasta el temblor de tierra que amenaza su casa, si quien primero lo registró fué el Padre Sarasola, existe el conservador, llamado de tuerca y tornillo, que plantea la cuestión católica, la cuestión de confianza, frente a cada problema de la vida escolar. La cuestión de confianza es la cuestión madre. Da vida a las polémicas y les da también muerte.

No há mucho, discutiendo nosotros sobre el valor de algún sistema pedagógico, hoy en boga, nos interpelaba alguien en esta forma, muy original por cierto:

—Pero aún no nos ha dicho usted si ese sistema es católico!

Hé ahí la maravillosa puerta de escape. Cuando el argumento científico falta para combatir una idea, el aplauso de cierto público se gana con el simple enunciado de la cuestión de confianza. «¿Y eso será católico, señor?» «Sospecho que no ha de ser, se insinúa, porque nos viene de un país en donde en las escuelas oficiales no se enseña la religión católica». Y así es en efecto: el sistema propuesto no es el católico; ni anticatólico, naturalmente, tampoco. Es un sistema científico. Tiene tánto catolicismo como puede tenerlo una operación aritmética, una fórmula química o una ley fisiológica. Pero es de gran efecto plantear la cuestión de confianza, y por eso se plantea aquí y allí, y a toda hora, con el mayor desparpajo.

Y por la cuestión de confianza se le cierra el paso a patrióticas iniciativas; se decreta guerra sin cuartel a esclarecidos ciudadanos; se pronuncian palabras de intención fratricida, y se levanta la muralla china frente a la reforma de los sistemas de enseñanza...

Al menos tengamos el valor, los que sinceramente queremos que la religión perdure en nuestra Patria, para su mayor felicidad, de levantar la voz a tiempo para señalar los peligros que nos amenazan si no tomamos caminos de concordia.

A. Nieto Caballero



La Edad de Oro

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El rey avaricia

Hace muchos, pero muchos años, vivía un rey que, como todos los reyes de cuento, tenía tres hijas.

Cuando nació la primera, una hada surgió junto a la cuna y dijo:

—Señor Rey, ¿qué gracia quieres para tu hija? Pide.

Y el rey, que era avaricioso, contestó:

—Que sea la princesa más rica del mundo.

—La tierra que ella pise se volverá polvo de oro—y el hada desapareció.

Cuando nació la segunda, surgió el hada nuevamente junto a la cuna y dijo:

—Señor Rey, ¿qué gracia quieres para tu hija? Pide.

Y el rey, que era avaricioso, contestó:

—Que sea la princesa más sabia del mundo.

—Donde sus ojos se posen verán la verdad—y el hada desapareció.

Cuando nació la tercera, surgió el hada nuevamente junto a la cuna y dijo:

—Señor Rey, ¿qué gracia quieres para tu hija? Pide.

Y el rey, que era avaricioso, contestó:

—Que sea la princesa más bella del mundo.

—Será tan bella como una primavera—y el hada desapareció.

Así eran las tres princesas: Perla, con los pies desnudos; Nieve, con los ojos escrutadores; Gracia, con la belleza deslumbradora.

Y el rey encerró a cada cual en una torre, porque su avaricia quiso sacar de ellas el mayor provecho.

Enhiesto sobre la montaña, todo de piedra, de sombra y de hielo, el castillo del rey atalayaba el reino. Un reino miserable bajo la plaga de los tributos impuestos por el rey.

Había un foso, muros, almenas, torrecillas; otro foso, más muros, más almenas y más torrecillas protegiendo el castillo propiamente tal.

El patio de honor cuadriculaba su arena rodeado de altos muros que agujereaban las ojivas. Adentro, las salas, enormes, suntuosas, tenían frío de soledad. En vano los brocados de Damasco cubrían las paredes y las tapicerías decían de largas horas de trabajo en el Flandes de allende los montes; en vano los pisos de mosaicos traídos de Bizancio desaparecían bajo las pieles de los osos de Siberia y de los tigres de la India; en vano los muebles perfilaban las líneas de sus tallas prolijas y los hierros se calaban como obra de arañas y los metales destellaban fulgores de piedras preciosas; en vano en las anchas chimeneas ardían leños del Líbano y perfumes de Arabia y raíces de plantas del Cáucaso; en vano las doncellas puestas al servicio de las princesas esplendían la belleza de sus formas en la lenta ceremonia de los gestos protocolares; en vano la guardia de honor caracoleaba sus corceles, tocaba sus trompetas y hacía juego de guerra; en vano los pajes entornaban los párpados y suspiraban quedo; en vano la princesa Perla paseaba con los pies desnudos dejando tras de sí paletadas de polvo de oro, que el rey guardaba avariciosamente; en vano la princesa Nieve miraba el pensamiento de los vasallos y así sabía el rey quién era fiel, quién traidor, quién inocente, quién culpable; en vano la princesa Gracia era la más bella de las princesas del mundo y el rey tenía paz con sus vecinos, ya que todos los príncipes se enamoraban de ella y vivían en la esperanza de desposarla; en vano, en vano todo, que el castillo, bajo la losa de la avaricia del rey, sin una flor, sin un pájaro, sin una fuente, sin una risa, sin un canto, sin un amor, era como una tumba de piedra, de sombra y de hielo.

La princesa Perla vivía en la torre Sud.

Alta, espigada en la veste estrecha, con la toca de flotantes velos, las trenzas de azabache y los ojos hondos de melancolía, la princesa Perla no llevaba una joya, una partícula de ese polvo que tenía el don de crear. Odiaba el oro. Abominaba la riqueza. Su amor eran los pájaros, las flores, las aguas. Tenía la inquietud de no sabía qué. Toda su ansia era salir del castillo, bajar la ladera abrupta e irse abajo, al llano de los vasallos, a ver las flores que sólo conocía en pinturas o en orfebrerías o en perfumes, a ver los pájaros cantores tan distintos a las repugnantes aves de presa que rodeaban las horcas del castillo, a ver las aguas nacer de las fuentes en pleno campo, ya que sólo había visto el pozo negro de la huerta, a ver si al fin, en la aventura de ese viaje, encontraba reposo a su inquietud.

—Señor Rey—decía a su padre,—déjame salir, una vez aunque más no sea, una sola vez, e ir al llano por conocer las flores, los pájaros y las fuentes, para ver si encuentro no sé qué cosa que deseo.

Pero el rey, inexorablemente, contestaba:

—No.

Dos veces por semana, al amanecer, venía el rey, su padre, a buscarla, seguido del tesorero y de veinte hombres de la guardia, para que paseara por el patio de honor convirtiendo las arenas en polvo de oro.

Bajo el agobio de la repugnancia iba posando los pies desnudos. El tesorero contaba los pasos. Eran cien los que había que dar, que cien pasos eran cien paletadas de oro, y cien paletadas de oro eran cien mil monedas acuñadas en los sótanos por los alquimistas y guardadas luego en la bóveda secreta que sólo el rey conocía.

Y la princesa Perla, cada vez más espigada y con los ojos más hondos de melancolía, iba por el castillo como una sombra, asomándose a todas las ojivas por divisar el llano donde florecía su ensueño.

La princesa Nieve vivía en la torre Norte.

Pequeña, frágil, de azahar el cutis y el pelo de cobre rojizo, pesado en las largas trenzas que llegaban a la orla de su brial, con los ojos sin color, como gotas de agua, la princesa parecía ciega o parecía una extraordinaria imagen con las cuencas vacías. Le gustaba vestir trajes suntuosos de telas recamadas en oro y gemas, dibujados fantásticamente con dragones y pájaros y flores maravillosos. Le placían las joyas. Amaba la pompa de los ceremoniales.

Odiaba su don la princesa Nieve y para librarse de él vivía encerrada en su alcoba, lejos de todos, sola, soñando que, como las imágenes, era capaz de ver el mal y remediarlo con el óleo milagroso del buen consejo. Ser venerada, ser amada...

Y el rey le hacía mil pedazos el ensueño al venir a buscarla, con el escribano y veinte hombres de armas, para ir a administrar justicia.

La princesa llegaba al alto tribunal y ante sus ojos se presentaba un palurdo tembloroso acusado de no pagar tributo al rey.

—¿Es verdad?—preguntaba el rey.

Y la princesa Nieve, fríamente, fatalmente, contestaba con dos de las tres palabras que podía decir en semejante caso a su padre el rey:

—Es verdad.

El palurdo era arrastrado a las mazmorras y los doscientos azotes que eran su castigo llenaban de lamentos todos los ecos.

Un palaciego aparecía ante los ojos de la princesa. Se le acusaba de traición, de haber vendido al rey de un país vecino los planos de la salida subterránea del castillo.

—¿Es verdad?—preguntaba el rey.

—Es verdad.

El palaciego era llevado a la torre de justicia, y su cuerpo, colgado de la horca, hacía danzar macabramente a los buitres.

Así, la princesa Nieve, que soñaba con la dulzura de la confianza y del afecto, que quería ser toda justicia de bondad, era el horror y la maldita del reino.

—Señor Rey—gemía implorando,—déjame, no me obligues a este oficio repugnante, déjame con mis pensamientos envejecer y morir en un mundo de amor. Déjame, padre.

—Mírame—y el rey reía, toda convulsionada la figura obesa, sebosa de goloso.

La princesa le veía el alma de avaricia desmedida. Y se tapaba los ojos y dando trastabillones se iba por las piezas desoladas a encerrarse en su alcoba, lejos de todas, sola, cada vez más fragil, más de azahar el color, más agobiada por las trenzas de cobre rojizo.

La princesa Gracia vivía en la torre Oeste.

Toda de líneas armoniosas, con los ojos de turquesa y el cutis tostado, era tan dulcemente bella que nadie podía dejar de amarla. Nunca se preocupó de su belleza, nunca la realzó con un adorno, nunca hizo por agradar a nadie. Vestía largas túnicas de lino blanco, trenzaba sencillamente su pelo, cruzaba las manos sobre el pecho y así se le iban las horas meditando, arrobada por los diálogos íntimos, toda transida de amor divino, ansiando el claustro como la única dicha imperecedera.

—Padre, mi Señor y Rey—decía, con la voz de cristal pronta a quebrarse en un sollozo,—permite que me vaya allá abajo, a los confines del reino, al convento de monjas que cuidan los leprosos. Por mi voluntad estoy desposada a Cristo. Nunca seré de ningún humano; respetuosamente te lo digo, mi Señor y Rey. Déjame entonces irme donde mi vocación me llama.

Pero el rey tronaba amenazas e injurias, y la princesa Gracia había de vestir ricos trajes que la hacían irresistiblemente bella y había de presenciar la fiesta dada en honor de un príncipe que visitaba el reino para solucionar personalmente viejos pleitos de límites. Y con sólo ver a la princesa Gracia, ya estaba el pleito ganado, que el querellante se avenía a todos los arreglos por estar en armonía con el padre de aquella beldad.

Y la princesa Gracia, cada vez más bella en la dulzura de su actitud, iba languideciendo por los ayunos, las penitencias y las vigilias con que torturaba su cuerpo para pedirle a Dios que le concediera el ser su esposa con el beneplácito del rey, su padre.

Sucedió que, por consejo del hada madrina, un príncipe declaró la guerra al rey, que se vió obligado a presentarle batalla al mando de un mal ejército. Como nunca se ocupara sino en amontonar tesoros y sus hombres tuvieran el cuerpo feble de hambres y enfermedades, el rey fue derrotado facilmente y apenas si pudo, en una retirada desastrosa, llegar hasta el castillo con el resto de sus infantes y encerrarse tras la doble fila de baluartes. El príncipe rodeó el castillo, y un día y otro fueron pasando lentamente, entre escaramuzas, asaltos y ratos de tregua.

Y como el rey sólo se ocupaba de planear defensas que aseguraran sus tesoros, las princesas vivían en mayor libertad, y así la princesa Perla podía distraerse mirando a los sitiadores y la princesa Nieve daba a cada cual lo que le correspondía en justicia, más la limosna de sus palabras y sus dones, y la princesa Gracia cuidaba de los heridos, creyéndose én la realización de su ansia.

Poco después se secó el pozo y los víveres fueron escaseando. El hambre y la sed entregaron el castillo a los sitiadores. Lo entregaron por las manos de la guardia; que bajó el puente levadizo mientras el rey dormía.

Los asaltantes llegaron a la cámara real y arrastraron al rey hasta la presencia del vencedor.

—¡Piedad—gritaba el rey,—piedad para el pobre anciano!...

—¿Dónde está el tesoro maldito?—preguntó el príncipe vencedor.—Ese dinero ha de ser repartido a los pobres para que Dios te perdone la avaricia.

—¡Piedad, no me mates, mi buen Rey amigo!...

—Tu vida no corre peligro. Tienes mi palabra. ¿Dónde está el tesoro maldito?

—No lo recuerdo, te lo juro, Rey amigo; he perdido un poco la memoria.

—¿Dónde está el tesoro maldito?

—No lo recuerdo, mi Señor y Rey amigo, pero en cambio te daré a mi hija Gracia que es la princesa más bella del mundo.

—¿Dónde está el tesoro maldito?

—Mi Rey y amigo querido, no lo recuerdo; estoy viejo y las cosas han comenzado a olvidárseme, pero en cambio te daré a mi hija Nieve que es la princesa más sabia del mundo.

—¿Dónde está el tesoro maldito?

—Mi Rey, te juro por la salvación de mi alma que no lo sé, pero en cambio te daré a mis dos hijas, a mis dos únicas hijas, a la más bella y a la más sabia de las princesas del mundo.

—¿Dónde está el tesoro maldito?

—Que Satanás me lleve si lo sé...

Pero no alcanzó a decir otra cosa, que apareció Satanás y dijo para su gran pavor:

—¡Mientes! sabes donde está el tesoro. ¡Mientes! Tus hijas son tres, pero quieres dar al buen príncipe sólo dos para quedarte con la de los pies desnudos que es la hacedora de oro. ¡Mientes! Satanás lo atestigua y te lleva a los profundos infiernos.

Y esto diciendo, Satanás desapareció y el rey cayó fulminado por la muerte.

Días después, el vencedor rogó a las tres princesas que vinieran a la sala del trono para decidir su porvenir.

Llegó primero la princesa Perla, esbelta en sus velos negros, con los ojos hondos de melancolía y de esperanza. Hizo el saludo de corte y lentamente fuése hasta las gradas del trono.

—Sí, señora Princesa, ¿qué deseas? Mi dominio ha de ser realizar vuestra voluntad.

La princesa lo miró con pupilas de asombro. Era un hombre joven, alto, fuerte, con la boca de niño sonriente y la mandíbula de empecinado. Vestía una casaca de seda blanca bordada en colores, abierta sobre el pecho desnudo, un pantalón de piel de antílope y altas botas hasta la rodilla. Un cinturón de placas de oro con piedras preciosas y esmaltes le ceñía la casaca a las caderas y un brazalete de hierro

calado, con una inscripción en letras inteligibles, se cerraba sobre su muñeca izquierda. E inmediatamente la princesa pensó en lo dulce que sería apoyarse en ese brazo e irse por los caminos del mundo, sin ninguna inquietud de no sabía qué.

No contestó, que entraba la princesa Nieve con su paso de sonámbula y tras ella la princesa Gracia, toda belleza y candor. Saludaron, y ambas llegaron hasta las gradas del trono, junto a la princesa Perla que les hizo sitio.

El príncipe dijo nuevamente:

—Decid, señoras Princesas: ¿Qué deseáis? Mi dominio ha de ser realizar vuestra voluntad.

La princesa Perla calló, mirando absorta al hombre de voz de caricia y de gesto dominador; la princesa Nieve se abstrajo buscando la verdad, y la princesa Gracia sonrió a su anhelo, viéndolo pronto a realizarse.

—Decid, ¿qué queréis?

—Hermana—murmuró la princesa Perla,—hermana Nieve, tú que tienes el don de la sabiduría, de ver en las almas, dispón de nuestras vidas.

—Príncipe y Señor—dijo firmemente la princesa Nieve:—Deja que Gracia entre en un convento, que ella tiene el alma dada a Dios. Príncipe y Señor: Deja que Nieve reparta el oro que el cuitado rey su padre guardó en una bóveda cuyo secreto ella conoce. Príncipe y Señor: Deja que Perla se vaya contigo a tu reino y sea tu esposa, ya que no podéis separar vuestros ojos y el amor ha llenado vuestros corazones.

Y así se hizo.

La princesa Gracia entró en el convento y su belleza fué paliativo de dolores, que sus manos, por obra de santidad, son, curando la lepra, como un ungüento que cicatriza milagrosamente las llagas.

La princesa Nieve fue el amparo de todas las miserias, y los tesoros del rey, su padre, pasaron de sus manos a poder de los necesitados. Fue la conciencia del pueblo, que la adoró, porque al partir a su lejana tierra el príncipe vencedor la ungió reina. Su justicia tuvo misericordia. Su palabra era de incitación al bien.

La princesa Perla partió con el príncipe a la tierra que está detrás de las altas montañas, a la tierra donde las flores son tan bellas que parecen pájaros, donde los pájaros son tan hermosos que parecen flores, donde las aguas van siempre cantando la alegría de fecundizar los campos rubios de sementeras. Sus pies no van nunca desnudos: unas sandalias de cuero empurpurado los protegen. ¿Para qué el oro si su pueblo es feliz en el trabajo? ¿Para qué el oro si el príncipe y ella tienen un hijo que vale más que todas las riquezas del mundo?

Y ésta es la historia del rey avaricioso que, como todos los reyes de cuento, tenía tres hijas.

MARTA BRUNET

Chile.

Un homenaje francés al gran poeta alemán Rainer María Rilke

(Viene de la página 248).

María Rilke no admite una clasificación común. Este gran poeta, que nacido en Praga escribe en el más puro alemán sobre motivos universales es, ante todo, un espíritu profundamente europeo. Un hombre del mañana. Por eso puede hallarse en él *la melodía eslava, el idealismo escandinavo* y *la quietud mística de la Naturaleza.*

He aquí—para confirmarlo—algunos datos de su biografía, extraídos entre las muchas noticias coleccionadas por Maurice Betz,

Rainer María Rilke nació el 4 de diciembre de 1875 en Praga. Fué destinado por su padre al oficio de las armas. Pero en 1890 abandonó tal carrera, conservando de la escuela militar un recuerdo desagradable. Más tarde prosiguió estudios universitarios en Munich y en Berlin. En 1894 empieza a publicar sus primeros versos y conoce a los poetas más famosos de la época: Hofmansthal, Dehmel, Altenberg, Liliencron y otros. Pero en 1899, después de un viaje a Italia, despierta una mañana de mayo en San Petersburgo «tan contento como si estuviese allí después de tres años».

Este viaje a Rusia ha tenido una influencia definitiva en la formación espiritual de Rilke. En Rusia conoció a Tolstoi, y, según sus últimas declaraciones, pensaba alguna vez evocar su encuentro con el patriarca en Yasnaia Poliana.

Rilke escribió muy pocas páginas sobre Rusia; mas el descubrimiento de Dostoievski, de quien tradujo una novela, le ayudó a encontrarse a sí mismo en aquel país. En 1902, después de hacer olvidar muchos versos juveniles y varios ensayos en prosa, Rilke publica *Das Buch der Bilder.* (El Libro de las Imágenes) que constituye su primer grande éxito. Los libros que siguieron a éste hicieron su fama en Austria y Alemania; pero, desde 1902 hasta 1914, Rilke se establece en París, como secretario de Rodin. En estos doce años publica sus dos ensayos sobre el maestro: *Auguste Rodin* (1903 y 1913); *Geschichten von Lieben Gott* (Historias del Buen Dios) (1904); *Das Stunden-Buch* (El Libro de las Horas) (1905), varios volúmenes de cuentos, dos tomos de nuevas poesías (*Neue Gedichte*) y las *Anotaciones de Malte Laurdis Brigge*, que forman el diario de un joven danés en París. El libro, aunque inspirado en la muerte el poeta noruego Sigbjörn Obstfelder es, en realidad, la visión sentimental y lírica que Rilke tiene del mundo. Porque, no obstante su copiosa obra de aquellos doce años, el poeta no dejó de vagar por Italia, Suecia, Dinamarca, España y Africa.

Como buen europeo, Rilke tuvo el don de las lenguas. Y así como aprendió el ruso para traducir a Dostoievski, estudió después el danés para trasladar al alemán los poemas de Jens Peter Jácobsen; el inglés para traducir a Browning; el italiano para verter en alemán algunos sonetos de Miguel Angel; y el portugués para hacer lo mismo con las cartas amorosas de la monja Alcoforado.

En 1918, después de muchas vueltas a causa de la guerra y de un larguísimo silencio, Rilke retorna decepcionado a Munich. De allí no tarda en salir para Suiza, donde muere tan silenciosamente, como había vivido.

En los pocos años que pasó en el castillo de Muzot, Rilke tuvo tiempo de concluir sus *Elegías de Duino*, sus *Sonetos a Orfeo* y los poemas franceses que con el título de *Vergers*, publicó en tiraje limitado la *Nouvelle Revue Française.*

Las obras originales de Rilke forman unos veinte volúmenes, y han sido publicadas por la *Insel Verlag*, de Leipzig. Muchos de sus libros fueron traducidos a diversas lenguas europeas, pues aunque de origen eslavo, como Nietzsche, Rainer María Rilke era considerado como el más grande de los poetas alemanes.

Buenos Aires.
Marzo de 1927.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica